

## Marañón y su visión de la cultura luso-brasileña

Apasionado de todo lo español, Gregorio Marañón también lo fue de lo portugués. Aunque en las profesiones de afecto y alabanza del gran humanista se contenía habitualmente una buena dosis de retórica –de retórica de la mejor ley, desde luego– y su espíritu se sintiera inclinado a la exaltación y al elogio, a las veces, un tanto indiscriminados, no puede dudarse de que su canto fervido a las virtudes y cualidades del pueblo luso es sincero y traduce la viva estima experimentada hacia sus gentes e historia. Penetrado de este amor, acertó a desvelar una de las claves más profundas de la personalidad y psicología colectiva de la nación portuguesa. En efecto, utilizando un bello símil náutico, tan apropiado a la naturaleza y geografía lusitanas, el autor de *Amiel* gustaba de representarse al país vecino como la proa de lo europeo –quintaesencia para él de toda perfección– hacia toda suerte de descubrimientos sociales y científicos. De esta forma, la civilización occidental había encontrado en Portugal uno de sus vehículos más vigorosos y una de las expresiones más acendradas de su genuino ser. Las bellas cualidades del alma lusitana –ternura, cortesía, recato– se proyectaban a los ojos de Marañón como uno de los tesoros mejor y más permanentemente conservados de la cultura y civilización europeas<sup>1</sup>.

Debido en gran medida a estos ragos y al curso de la historia peninsular, Portugal alcanzó pronto el estadio de nacionalidad. Con la serenidad del hombre de laboratorio, el escalpelo marañoniano diseccionaba así una realidad a veces objeto de polémicas. En toda la meditación lusitana del insigne médico no hay el menor resquicio para la duda o la nostalgia de una unidad política peninsular. El Portugal de los Felipe significó una torcedura momentánea del curso de la historia, pronto reparada. Todos los argumentos esgrimidos comúnmente aquende o allende el Tajo para justificar el ideal o el ensueño de una Iberia unitaria carecían de verdadera sustancia ante la mirada del célebre clínico. La pronta fragua de un Estado independiente bajo la Casa de Borgoña señaló para Portugal el rumbo indeficiente de su trayectoria.

<sup>1</sup> Vid J. M. Cuenca Toribio, *Intelectuales y políticos contemporáneos*, Sevilla, 1992.

Tal comprensión de lo portugués le permitiría moverse con mucho desembarazo por los puntos más conflictivos de las relaciones entre los dos pueblos ibéricos. Ningún prejuicio español nubló su aproximación a los habitantes y a la historia de la nación vecina. Fueron muchos, en efecto, los coetáneos con los que Marañón anudaría lazos de simpatía y conocimiento a lo largo de su fecunda existencia. En primer término, claro es, sus colegas y compañeros de la medicina de Portugal y Brasil, nación esta a la que consideraba plena y admirablemente injerta en su tronco nutricional, del que venía a ser, por su sed de futuro y su espíritu vanguardista y pionero, el retoño más pujante. «El Brasil, en fin. El Brasil, como fuerza actual, aparece en el fondo del admirable relato, con su magnitud, con su complejidad, con su capacidad de atracción [...] Todo lo que es modernidad tiene en este gran pueblo una representación genuina; la gigantesca y trepidante actualidad, con sus moles de edificación, con sus máquinas, con su furia de llegar antes, parece que ha nacido allí y para allí»<sup>2</sup>. De muchos galenos lusitanos y brasileños trazaría la pluma incansable del autor de *Tiberio* la semblanza entusiasta o enaltecida al hilo de algún fasto conmemorativo, de la publicación de ciertos de sus trabajos, prologados por su incesable pluma en varias ocasiones. Nunca regateó loanzas al trabajo desplegado en los hospitales y centros clínicos de los dos países y gustó de ensalzar los éxitos cosechados en sus facultades y academias. Su elevado juicio acerca de la medicina lusobrasileña se compendia en el elogio tributado al célebre premio Nobel Egas Moniz en el momento de serle otorgada dicha distinción y en el instante de su muerte y en el manifestado hacia otras relevantes figuras del mundo hipocrático de la nación vecina<sup>3</sup>. Compañeros e instituciones le respondieron con la misma moneda. Marañón sería recibido, así, como doctor *honoris causa* por las *Alma Mater* portuense y coimbricense y pronunciaría solemnemente diversas conferencias en los claustros más reputados. He aquí una expresiva muestra: «Nada más os puedo ofrecer que esta confesión de mi vocación universitaria y de mi amor a la Universidad portuguesa. Y sobre todo ello, la seguridad de que en la tienda de enseñar, que sigue siendo mi vida de cada día, figurará siempre como el blasón que más estimo el título de doctor de la Universidad de Porto»<sup>4</sup>. Lisboa le tuvo varias veces como huésped ilustre con motivo de acontecimientos culturales de alto rango, en uno de los cuales —espíritu liberal, al fin y al cabo— no vacilaría en hacer un inteligente elogio de la figura y obra de Antonio Salazar<sup>5</sup>.

<sup>2</sup> Obras Completas, Madrid, 1975, I, p. 943.

<sup>3</sup> O. C., IV, pp. 780, 981 y 1.099.

<sup>4</sup> O. C., Madrid, 1966, II, p. 603.

<sup>5</sup> Ibid.

Atraído, como se sabe, por la etapa romántica, quizás la predilecta de sus aficiones literarias –por más que sus innumerables promesas acerca de obras encetadas sobre Espronceda o el exilio romántico no pasaran nunca del estado de fáfara–, algunos de los nombres egregios de esa época en Portugal imantaron con fuerza su atención, a la manera de A. Garret. La compendiosa semblanza del autor de *Enrique IV y su tiempo* es muy valiosa por su penetración en algunos de los resortes más íntimos de su universo biográfico y literario. Rompiendo una decidida lanza por la época y sus hombres, Marañón dibujaría una estampa atópica y muy original del mundo romántico encarnado insuperablemente en Portugal por Garret, bien que el estrecho paralelismo que trazara de éste con Francisco Martínez de la Rosa sea en más de un extremo discutible. «Portugal ha tenido siempre, y ésta es su máxima gloria, el privilegio de mirar y ver claro en la lejanía, en el confín, todavía no descubierto, tanto en la geografía del planeta como en la geografía de la Historia. Y el que ahora Portugal honre oficialmente y precisamente aquí, en su Academia das Ciências a su más glorioso romántico, tiene, quizás, un sentido profético: el de que, en un mañana no lejano, el mundo se d;e cuenta de que no se vive sólo de la comodidad, sino también de la ilusión y de la gracia»<sup>6</sup>.

Pero, conforme se recordará, las referencias y alusiones al pasado lusitano se centrarán en sus escritos en un período alejado del romántico. Como no podía de ser menos dada su preferencia por el reinado de Felipe II, la anexión de Portugal sería el capítulo de la historia de ésta más extensamente abordado por Marañón en sus obras de mayor envergadura historiográfica. Aunque sería en el otoño de la Edad Media cuando la historia portuguesa apareciese en la reconstrucción del pasado hispano hecha por el autor de *Enrique IV*, con la imagen, desenfadada y alegre, de las doncellas de atrevidos gestos y aun más audaces vestidos, que acompañaron a la hermosa reina D<sup>a</sup> Juana, la joven y segunda esposa del hipocondríaco Trastámara, es con la bella y espiritual madre de Felipe II cuando verdaderamente Portugal comparece con mayor plenitud en la obra de nuestro escritor. «Podemos imaginarnos [...] la tempestad de murmuraciones, sobresaltos hipócritas y aspavientos que provocaría en la Corte tan gazmoña la alegre desenvoltura de esta reina extranjera, de apenas quince años, rodeada de damas, parejas a su señora en las gracias y en la juventud»<sup>7</sup>. La libertad de espíritu a que antes aludíamos permitía a su pluma siluetear con rasgos negativos la figura del rey D. Sebastián, contraponiéndola un tanto a la de la emperatriz dibujada con los pinceles más entusiastas y encendidos, viniéndola a considerar como el exponente más acabado de algunas de las características del alma lusa. Con idéntica

<sup>6</sup> O. C., II, p. 533.

<sup>7</sup> O. C., Madrid, 1976, V. p. 148.